

Seguí andando y llegué á la Colegiata, entré resuelto hasta el altar, abrí mi corazón lacerado enfrente de la Virgen india, y me transporté á otros mundos.

Vi á mi madre muerta, á un niño pequeñito llorando junto al cadáver, á una buena señora reconociéndolo, y vi el nuevo hogar que me daba abrigo, las nobles y puras enseñanzas que mi buena protectora me diera, todas las serenidades de mi infancia, todo lo que hice sufrir con mis dudas á la inocente alma que me amó tanto, y poco á poco se extendió en mi derredor algo como un nimbo luminoso en medio del cual surgían dos figuras muy claras, la de la Virgen y la de mi madre, mostrándomela; pero no era fantasía, era realidad, verdad, era palpable, tangible, aquella aparición maravillosa.

Mi madre extendió la mano y me señaló á un sacerdote anciano; al verlo él se adelantó hacia mí, me condujo como se conduce un niño al confesionario; allí abrí de par en par mi alma; hablé cerca de dos horas, le pinté mi pobreza, mi abatimiento, él me consoló, me dió muchos consejos, me llevó á su casa, allí me retuvo algunos días hablándome de la verdad de todo lo que yo creía falso, y con un amigo suyo me envió á este seminario donde estudié con afán teología, y cuando ya es,

taba bien nutrido con ella recibí las órdenes menores y fuí ascendiendo hasta ser un devoto servidor de Dios, y sentirme fuerte y sano del espíritu.

—Te felicito—le dije.—¡Cada uno busca la felicidad por el camino que Dios le señala!

—¿Cuándo vuelves á México?

—Mañana.

—¿Puedo encargarte una visita?

—La que quieras.

—¿La harás?

—Desde que llegue.

—¿No te dará vergüenza?

—Ninguna.

—Ve al mercado de flores, compra unos ramos de rosas, ve á la Colegiata de Guadalupe, y colócalas en el altar, diciéndole á la Virgen: «De parte de tu siervo Luis.»

Y así lo hice con muchísimo gusto.

## La Semana Santa en otros tiempos.

El Viernes de Dolores.—Las Canoas.—  
 Los Altares.—Juegos de prendas.—  
 Los puestos de Chía.—Dos viejecitas.—  
 Conventos y Parroquias.—Los Monumentos, las Procesiones y los Judas.—La Obra de la Reforma.

**A**LLÁ por los años de 1864 á 1866, cuando era yo un rapaz de doce á catorce abri-les, la Semana Santa, en la noble ciudad de México, revestía una solemnidad de la que ya no quedan señales.

El Viernes de Dolores era obligatorio levantarse con el alba, é ir á la calle del Puente de Roldán ó al desembarcadero de la Viga á proveerse de amapolas para los altares de la Virgen.

Disputábanse las familias la supremacía en el adorno y compostura de dichos altares y eran de verse los platos con trigo, maíz, ale-

gría, linaza, lenteja y garbanzo; las esponjas con piñones; los vasos, las botellas y las jarras de cristal con aguas de colores; los adornos de papel de china, picados, como los más finos encajes de Bruselas, y en medio de todo eso una buena pintura de la Dolorosa ó un Gólgota en que aparecían el Crucificado y la Virgen, al pie de la Cruz, llorando desolada.

Los estudiantes se reunían desde antes de que saliera el sol, para tomar por su cuenta las canoas y recorrer el Canal desde la Viga hasta Ixtacalco, entonando alegres y entusiastas canciones y bailando, coronados de mirtos y de amapolas, el melancólico palomo ó las bulliciosas danzas habaneras.

El popular novelista Facundo, ha descrito magistralmente la costumbre de los altares en las casas particulares; la distribución y compostura de las aguas frescas de horchata, de chía, de piña, de limón y de tamarindo; las letanías cantadas en coro por la familia y las visitas, y aquellos juegos de prendas en que se imponían castigos originales, como el de decir á cada uno un favor y un disfavor, revelar algún secreto al oído ó hacer de burro, de perro, de gato, de esquina de provincia ó de espejo, imitando los gestos y ademanes de cada uno de los convidados.

—Usted, como dolorido y agraciado ¿qué

pena le impone al dueño de la prenda que va á salir?

—Que cante la turrонера.

Y salía de dueño de la prenda una anciana del peso de noventa kilos, con su cabellera dividida en dos gajos sobre las orejas, que lucían finas arracadas de oro, con su rica mascada de seda terciada sobre el pecho, y prendida con un valioso camafeo, y reneando de la hora en que naciera, obedecía la ley imperiosa de la costumbre, se ponía de pie en medio de la sala, y gritaba angustiada:

—Turrón de almén... dra ente... ra y moli... da, turrón de almen... dra.

A algún anciano magistrado le tocaba cantar el pastelero, y gritaba, causando la hilaridad de todos:

—A cenar, pastelitos y empanadas, pasen niños á cenar...

A la muchacha más recatada y modesta le obligaban á imitar á la sebera, y sudando de vergüenza poníase la mano á la boca, donde relucían blanquísimos los dientes, y chillaba con voz agudísima:

—¡¡Hay seboooooo!!

Para fortuna de los que vivimos, han desaparecido esos gritos que la tradición conserva, y ya sólo en una que otra casa de molde antiguo se conocerán los juegos de

prendas que eran la delicia de los niños de otros tiempos.

Había altares en que se desplegaba inusitado lujo, y en que se repartían deliciosas aguas frescas, obligando á cada mísero mortal á que probara de todas con el pretexto de que diera su opinión sobre cada una.



No es fácil olvidar entre los muchos puestos de chía, verdaderos pabellones de verdura que invitaban al transeunte con su frescura y su sombra á pasar en ellos algún rato agradable, el que ponían en la esquina de la Diputación y Callejuela aquellas viejecitas de cabelleras blancas como un ampo de nieve; modelos de limpieza en sus personas, en sus ropas, en los vasos, en cuanto les rodeaba.

En aquel puesto que olía á mastranto, á flor de chícharo, á rosas nuevas, se detenían para probar la horchata, que era la especialidad de renombre, los más encopetados y linajudos señores, y las damas que llevaban sobre los hombros las más ricas y valiosas mantillas.

En algunos momentos se formaba en el puesto un grande y compacto grupo de se-

dientos, y todos eran atendidos por las dos viejecitas que surgen en mis recuerdos tales como eran, y que daría algo por volver á verlas.

Para todos tenían una frase de cariño.

—¿Qué toma usted, mi alma?

—¿Qué apetece el señor?

—Chía, limón, horchata, piña, ¿qué toma chula? ¿qué quiere, niña?

Y con su trabajo honrado, con aquel infatigable afán de contentar á todos, con la limpieza de sus efectos y la amabilidad, su trato, hicieron un capital para vivir tranquilas.



Era una ciudad enteramente ascética la nuestra.

Había veintitrés conventos de monjas: San Bernardo, San Jerónimo, Santa Inés, Santa Clara, Santa Isabel, Corpus Christi, Jesús María, la Encarnación, Santa Brígida, San Juan de la Penitencia, La Concepción, Regina Cœli, San Lorenzo, San José de gracia, la Nueva Enseñanza, las Vicgracia, la Enseñanza Antigua, Santa Teresa la Antigua, las Hermanas de la Caridad, Santa Catalina, Capuchinas, Balvanera y Santa Teresa la Nueva.

En la mayor parte de esos conventos eran notables las prácticas de la Semana Santa: los altares, los monumentos, los sermones, el pan de gloria, los dulces de Pascua, las palmas labradas y compuestas, los ejercicios cuaresmales y las pinturas y esculturas que se exhibían al público.

De órdenes religiosas sólo habían quedado los padres de San Fernando, de la Profesa (San Felipe Neri), y la Congregación de San Vicente de Paúl, pero los templos en que se ostentaba con todo el esplendor del lujo el monumento, eran la Catedral, Santo Domingo, la Profesa, la Encarnación, San Bernardo, Santa Clara, Santa Brígida, Capuchinas y Santa Catalina.

Eran tan concurridos los ejercicios piadosos, que en verdaderas romerías iba el pueblo á las parroquias de San Miguel, de Santa Catarina Mártir, de la Santa Veracruz, de San José, de Santa Ana, de la Soledad, de San Pablo, de Santa María, de San Sebastián, de Santa Cruz Acatlán, de Santo Tomás la Palma y de San Antonio de las Huertas, en busca de la cédula que acreditase el cumplimiento del precepto sagrado.

En las iglesias del centro, eran de verse los grupos de encantadoras polluelas, con las cabezas graciosamente cubiertas por el tápalo

negro, esperando que el confesor las llamara por turno á depositar los secretos más íntimos.

¡Oh días hermosos de la juventud!

Cuando se ha recorrido un camino largo, sembrado de hojas secas, y en el cual nos sorprende el crepúsculo, damos un adiós triste á ese sol que se hunde para no reaparecer nunca!



Recuerdo confusamente las procesiones, pero no se borra de mi memoria la del Santo Entierro de Santo Domingo y del Señor de la Expiración, semejante á muchos Cristos que hay en Toledo y en Sevilla.

La procesión se efectuaba el Viernes Santo por la tarde. Llenábase de curiosos la Plaza de Santo Domingo y todas las calles adyacentes; los balcones de la ex-Aduana, los de las casas del portal y las azoteas, ofrecían un conjunto vistoso, por la multitud que los llenaba desde las primeras horas de la tarde.

Escuchábanse los gritos populares «á dos rosquillas y un mamón», «un vaso de chicha fresca», «nieve, nieve», y de pronto un rumor imponente era el anuncio de que la procesión comenzaba.

Iban apareciendo las imágenes, pero al sa-

lir de la capilla del Cristo de la Expiración, toda la gente se arrodillaba, reinaba profundo silencio, y de pronto se oía la voz del pregonero gritando:

«Hincándose de rodillas, rezando un credo delante de este divino señor, se ganan ciento cincuenta días de indulgencia.»

Y se rezaba el credo en voz alta en calles, casas, balcones, ventanas y azoteas, mientras pasaba el Cristo conducido en elegantes y sólidas andas por señores y jóvenes pertenecientes á las más distinguidas familias de la ciudad, y juro por mi ánima que es cierto, que cuando se cansaban, y el Cristo se ladeaba, y ellos pedían al sacristán que les relevaran, el sacristán les respondió con orgullo y desdeñosamente:

«Hagan lomo y no repelen los que cargan al señor.»

Y pujando y sudando, sacaban fuerzas de flaqueza, y el crucifijo volvía á estar derecho, y ellos seguían hasta la próxima esquina donde daban á otros la carga.



El Santo Entierro que todavía se conserva en Santo Domingo, representa el cadáver de Cristo, y salía en una vistosa urna de cristal,

adornada con garzotas de colores y con prismas en que los rayos de la tarde producían los más variados cambiantes.

Seguía tras esa escultura, la de la Virgen de la Soledad, que forma la devoción del pueblo, y por donde pasaba, le dirigían en voz alta, súplicas y plegarias que producían un rumor lastimero.

Desde la mañana del Jueves ya no circulaban carruajes; enmudecían las campanas, y la gran matraca de la Catedral sonaba anunciando las horas.

Era de tono regalar matracas de plata, labradas de filigranas, representando caprichosas figuras.

A propósito de esto, dice Marcos Arróniz, en un libro escrito algunos años antes de la época á que me refiero:

«El Jueves Santo es un día en que México cobra una animación inusitada, pues que la mayor parte del año sólo se dejan ver las damas aristocráticas por las ventanillas de sus rápidos coches; pero ahora asoman su leve pie por entre el raso y terciopelo de sus ricos vestidos, y honran las calles de la ciudad. Visitan todos los sagrarios, que se hallan adornados con un esplendor propio del culto católico, y donde se ven pasajes y escenas de aquellos solemnes acontecimientos que se

conmemoran. Grandes lienzos con cuadros de vida del Salvador, cubren las paredes; los altares están vestidos de duelo con velo morado, pero en el monumento aparece toda clase de adornos de oro, de cortinajes, de plantas y flores. La música, con acentos pausados y hermosos, da más prestigio al grandioso espectáculo. En la noche, se encienden y resplandecen con mil luces. En este día no se oye el rodar de los coches, el pisar de los caballos, ni el toque de las campanas, ni el redoble de los tambores; un silencio respetuoso reina en toda la ciudad.



Era un México muy triste y muy atrasado el de aquellos tiempos. Para venir á la capital, los negociantes de los Estados emprendían viajes de verdadero peligro, y alguno de estos viajeros, como los que venían de la frontera, necesitaban resguardarse con numerosas escoltas de mozos bien armados, que emprendían serios combates con los bandoleros esparcidos en los caminos.

La diligencia de Toluca era asaltada dos ó tres veces en el monte de las Cruces, y no se podía ir á veranear á los pueblos cercanos sin el temor de que en la noche menos pen-

sada despojaron á la familia de todo cuanto llevaba.

Como dice el sabio Ignacio Ramírez, las campanas de las torres marcaban la distribución de la vida; nadie daba un paso sin que el director espiritual lo aprobara ó lo ordenara; se confiaba el triunfo económico al milagro del Santo patrono, y nadie soñaba en los prodigios que hoy vemos realizados por la evolución social dentro del medio apropiado y preparado juiciosamente.



Cualquiera que estudie nuestro pasado comprende los transcendentales trabajos que hubieron de emprenderse para llevar á cabo la obra de la Reforma, y no hace muchos días tuve ocasión de leer un admirable trabajo sobre ésto, escrito por el Senador, ex-Presidente del Congreso Pan-Americano, Licenciado Genaro Raigosa, en que con toda la lógica positiva y con riquísimo caudal de observaciones y de reflexiones, expone de una manera real el cuadro biológico del antiguo México, los errores económicos de sus prohombres, y deja ver con toda claridad los beneficios de la Reforma.



En aquellos tiempos los odios políticos se revelaban el Sábado de Gloria, quemando Judas que representaban personalidades prominentes y que ardían y reventaban en medio de los aplausos y del entusiasmo de sus enemigos.

El Sábado de Gloria era también notable, no sólo porque al sonar las diez la ciudad entera resucitaba y se oían por todas partes gritos de regocijo, sino por la entrada del pulque, en carros vistosamente compuestos, tirados por mulas enjaezadas con cascabeles.

No es posible dar una idea de todo esto al que no lo ha visto. En el México actual, alumbrado por millares de focos eléctricos, lleno de tranvías, de teléfonos, de fonógrafos, de ferrocarriles, nadie se imagina lo que fueron en pasados tiempos estos días santos.

Todo pasa y todo cambia, pero hay algo como una sensación de frescura que vigoriza y conforta cuando todo lo ido se trae á la memoria por los que vivíamos entonces.

Todo ha cambiado felizmente, porque todo lo nuevo eclipsa y supera á lo antiguo, pero hay que exclamar con Jorje Manrique:

Cualquier tiempo pasado fué mejor.



## Una anécdota patriótica

del actual Arzobispo de México.

EN tiempo del Imperio, cuando por las calles de la ciudad sólo se veían soldados franceses, argelinos, austriacos, egipcios y belgas, era Prebendado de la Catedral y Rector del Nacional Colegio de San Juan de Letrán el actual Arzobispo de México, D. Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera, que hoy, 19 de Marzo de 1907, cumple cincuenta y dos años de su canta misa.

El Colegio de San Juan de Letrán tenía hermosa historia. En el terreno que ocupaba en el año de 1529, el guardián de San Francisco fundó una escuela de primeras letras para los indios, y fué primer maestro el angelical lego Fray Pedro de Gante.

Don Antonio de Mendoza, primer Virrey de México, dió su amparo á aquella Escuela, y con la protección del Gobierno de España; fué progresando de tal suerte que se le concedieron rentas y privilegios, y en 18 de

Agosto de 1548 previno una Real cédula que «en el repartimiento perpetuo que se había de hacer tuviese respecto á dejar y señalar alguna renta para hacer y acabar el dicho Colegio y para que pudiera permanecer y sustentarse».

Primeramente enseñaba allí á los naturales la doctrina, y más tarde se convirtió en lo que hoy llamaríamos Escuela Normal de Profesores, pues la cédula de 8 de Septiembre de 1557 dió constituciones al Colegio, y á las claras hizo ver que tenía por principal objeto instruir maestros que fueran luego á establecer colegios en todos los departamentos de la Nueva España.

La Nacional y Pontificia Universidad establecida donde hoy está el Conservatorio Nacional de Música y Declamación, quiso encargarse de dicho Colegio y darle un edificio propio; pero se encontró con la oposición firme del Ayuntamiento.

La escuela fué empobreciendo á tal grado, que para lograr recursos se dispuso que sus alumnos, imitando á los niños del Hospicio de pobres, asistieran á los entierros por paga, lo cual no dió el resultado apetecido, y siguió decayendo, hasta encontrarla en ruinas don Ambrosio Llanos Valdés, que fué nombrado Rector en 1770.

El Sr. Llanos Valdés era progresista y abolió la costumbre de la asistencia á los entierros; buscó de mil modos la manera de que ingresaran alumnos; formó un vasto programa de enseñanza é hizo progresar, no sólo moral, sino materialmente, el colegio, ensanchándole y haciéndolo simpático á todas las clases sociales.

En la época del Imperio de Maximiliano, estaba declarado Escuela especial de Filosofía y se regía por la ley y reglamento de 27 de Diciembre de 1865.

Los lateranenses sentían orgullo de haber tenido en tiempos anteriores camaradas como Altamirano, Chavero, Manuel M. Flores, Juan y Manuel-Mateos, Juan Díaz Covarrubias, Marcos Arróniz, Florencio M. del Castillo y otros muchos que, bajo el rectorado de Lacunza, se habían distinguido por liberales, y para no desmentir esos antecedentes, se dirigieron al Rector, D. Próspero María Alarcón, á fin de que les permitiera celebrar el glorioso aniversario del 5 de Mayo.

El Sr. Alarcón les hizo ver que en el mismo Colegio estaba alojado un destacamento de gendarmes franceses, del cuerpo que mandaba el Barón Thindall; pero después de admirar su sincero patriotismo, les concedió que conmemoraran dicho aniversario en un

salón interior, á fin de no dar escándalo.

Los colegiales sabían que el Sr. Alarcón, cuando se había mandado al Cabildo metropolitano una acta de adhesión al Imperio, para que la firmasen los Canónigos, había dicho, y así lo expresó por escrito, que él reconocía como Soberano al Sumo Pontífice; pero que para su patria deseaba un gobernante mexicano, y que por esto no firmaría aquella acta. Trataron los jóvenes de arreglar un salón interior; pero era oscuro y frío, y volvieron á ver al Sr. Alarcón, para que les permitiera hacer su fiesta en uno de los salones más importantes.

—Pues escojan el que más les guste—les respondió aplaudiendo su entusiasmo.

No se conformaron con esta segunda concesión los estudiantes, y volvieron todos juntos á suplicar á su Director que les hiciera la honra de presidir la fiesta.

Mucho discutió con ellos el Sr. Alarcón, pero al fin les dijo sonriendo:

—Bueno; pues yo iré á presidir, suceda lo que suceda.

¿Y qué sucedió? Que en la ocasión en que se efectuó la velada, cuando ya había leído unos versos patrióticos muy ardientes el alumno Francisco Montaña Ramiro, hoy Diputado, y otros Enrique Sánchez, recibiendo

los atronadores aplausos de sus compañeros, entre los que descollaban Jesús Zenil, hoy Ministro plenipotenciario de México en Viena; Valentín Canalizo, hoy Magistrado; Manuel F. Villarreal, hoy Secretario de una Sala del Supremo Tribunal y Tesorero de la Sociedad de Geografía y Estadística; Manuel Cruzado, hoy Juez; Carlos Sánchez Mejorada y Emilio Monroy, reputados juriconsultos, Benjamín Bonilla, Francisco Hermosillo, Refugio López, M. Mendiola, y acaso de los profesores, Teófilo Fonseca, José María Cos y Rafael Angel de la Peña, el eminente hablista y amado maestro mío, se oyeron fuertes golpes en las puertas del Colegio, que se habían cerrado para efectuar la velada.

Acudieron á ver quién llamaba con tanto imperio, y se vió que era el destacamento de gendarmes franceses que volvía de la retreta.

Negáronse á abrir los estudiantes, y no lograron los franceses entrar hasta que concluyó la velada.

Informóse el jefe de la causa por lo cual les habían detenido en la calle, y al saber que era porque los estudiantes estaban conmemorando la derrota del ejército francés en Puebla, se quejaron con el Mariscal Bazaine; éste fué á querrellarse con el Emperador, y

cuentan que por ese motivo se suprimió el internado, y á poco se cerró el Colegio.

El Sr. Alarcón, con gran entereza, y sin faltar nunca á sus deberes sacerdotales, jamás negó su amor á la patria y á la República.

No extrañe á nadie que al triunfar D. Benito Juárez, en 1867, le enviara á su hijo Benito para que le enseñara latín y filosofía.

El Arzobispo de México es, por estos antecedentes, simpático á todos los partidos políticos de su patria.

## ¡Por la Patria!

Un héroe de dieciocho años.

**M**E conmueven y me entusiasman los hechos heroicos llevados á cabo por los que están en la primavera de la vida.

Por eso nunca me canso de encomiar en verso y prosa á aquellos niños sublimes Melgar, Suárez, Barrera, Montes de Oca, Ezcútia y Márquez, que dieron su sangre en la defensa del castillo de Chapultepec en 1847.

Los soldados norteamericanos quedaron maravillados del arrojo de aquellos adolescentes sublimes.

Tres lustros más tarde, en el sitio de Puebla, por los franceses, en 1863, se registró un hecho que se le debe recordar á la juventud para que le sirva de constante ejemplo.

El héroe á quién voy á aludir, se llamaba Ignacio Méndez.

Descendía de una familia de patriotas. Su padre, entendido y modesto pintor, de honradez intachable, sirvió como simple solda-

do, en el batallón Victoria, en 1847, y combatió contra los Estados Unidos, distinguiéndose por su arrojo y sin haber reclamado recompensa ni pedido pensión cuando ya era viejo.

Su tío Cayetano Méndez, indio de raza pura, sirvió desde la primera época de la Independencia, se incorporó después al ejército Trigarante, en Junio de 1821, presentándose á Iturbide en Arroyo Zarco; se batió varias veces, siempre con denuedo y murió en Febrero de 1846, con el grado de Comandante del Escuadrón, que ganó por sus buenos servicios.

El padre de Méndez, puso á este Ignacio en el Colegio Militar desde edad temprana; en 1865 lo incorporaron al Ejército Constitucionalista y fué nombrado Subteniente del Batallón de Zapadores que mandaban el Coronel Sostenes Rocha, el Teniente Coronel Diódoro Corella y el Mayor Juan de la Luz Enríquez.

Con ellos concurrió á la toma de Cuernavaca, donde por su valor le ascendieron á Teniente, y luego á la acción de la hacienda de San Gabriel, en que se portó con tal bizarria que le ascendieron á Capitán sobre el campo de batalla.

Era un guapo muchacho, de arrogante

figura, sin asomos de bigote ni barba; con la cabellera rizada, sedosa y brillante y con ojos de un mirar melancólico y dulce.

Se hizo amar de sus jefes, de sus camaradas y de sus soldados, afanándose siempre por ser el primero en el peligro y el primero en servir y ayudar á los que lo rodeaban, pues su corazón generoso nunca abrigó envidias ni rencores.

Ignacio Méndez, al terminar la funesta y desoladora guerra de tres años, como el Gobierno no le había reconocido el empleo de Capitán, quedó de Teniente segundo ligero de Toluca, á las órdenes del inolvidable y caballero general Felipe B. Berriozábal; marchó á Puebla, y allí concurrió á la batalla de las cumbres de Acultzingo, y á la del 5 de Mayo de 1862.

Después de tomar parte en muchas acciones, le llegó su día de deslumbrar, con su valor, y de alcanzar imperecedera gloria en nuestros fastos militares.

Registraba yo en la Biblioteca Nacional el *Diario Oficial* del Gobierno de México, y en el número correspondiente al 4 de Mayo de 1853, me encontré el parte que el general Berriozábal, en jefe de la primera división rindió al general Jesús González Ortega, y éste transcribió al Ministerio de la Guerra, dando

cuenta de que el enemigo voló dos fuertes minas, reduciendo con ellas á escombros las tres cuartas partes de la acera de la calle de Pitiminí, correspondiente á la manzana que con el 2.º batallón de Toluca ocupaba el teniente coronel José María Padrés.

¡Fué un desastre horrible! Allí, con una compañía del 8.º batallón de Jalisco y con el resto del 2.º ligero, que no había sido sepultado en los escombros, se organizó la defensa de la manzana y se impidió el paso del enemigo.

Allí se distinguieron los bravos coroneles Caamaño, Villagrán y Padrés, y los tenientes coroneles Cirilo del Castillo, Gaspar Sánchez Ochoa y Jesús Labanne.

En tan heroica acción, efectuada el 25 de Abril de 1863, el joven Ignacio Méndez rayó en lo sublime.

El periódico *La Orquesta*, en el número del 13 de Mayo de 1863, refiere el episodio, extractándolo de los partes oficiales de la manera siguiente:

«Al derrumbarse una de las manzanas que volaron los sitiadores de Zaragoza, con sus minas, el 25 de Abril, cayó arrastrado por unos escombros el teniente Ignacio Méndez; después de levantarse, lleno de contusiones, y de haber perdido su espada en la caída,

arrancó la bayoneta de uno de los fusiles de los muertos, y se lanzó á defender, en compañía de otros Oficiales, un obús que se llevaban los franceses; después de haber contribuído á salvar éste, se colocó en un punto en que llovían las bombas del enemigo, animando á los soldados mexicanos, y al desprenderse una pared, quedó sepultado bajo los escombros.

»Este joven héroe tenía apenas dieciocho años, y había servido ya á las órdenes de Berriozábal en los últimos días de la revolución reformista, después de haber salido de la Escuela Militar, en la que siempre manifestó mucha aplicación y un gran afecto á las instituciones democráticas.»

Con el cuerpo destrozado y en medio de los mayores padecimientos, Ignacio Méndez murió el 29 de Abril; es decir, cuatro días después de aquel glorioso episodio.

Por la orden general del día 26 fué ascendido á Capitán; le enterraron con los honores merecidos, é ignoro si, como es de justicia, le ascendieron á Comandante.

Su padre, aquel honrado pintor que amaba con delirio á Ignacio, fué más tarde á recoger sus restos á Puebla y los trajo al Panteón Francés, donde reposan, bajo un túmulo que tiene una sentida inscripción en verso, puesta

por orden del general Berriozábal. Alguna vez, siendo ya viejo el padre de Ignacio Méndez, le aconsejaron que pidiera la pensión que le correspondía, y contestó con serenidad: «Si estuviera ciego pediría limosna antes que tomar un solo peso en pago de la vida de mi hijo; que figure su nombre en el Escalafón, y con eso estoy recompensado.»

Y hasta después de algún tiempo, y después de hechas muchas y justas gestiones, la Secretaría de Guerra ordenó que figurase en el Escalafón el nombre de «Ignacio Méndez» con esta hermosa nota:

«Murió por salvar á su patria.»

Duerma en paz el héroe-niño, y sea su ejemplo sana y provechosa lección para la juventud mexicana.

NOTA. — *Hermanos del héroe á quien se alude en el anterior artículo son el Brigadier de Artillería D. Francisco de P. Méndez y el Teniente Coronel de Caballería retirado don Fortunato Méndez, teniendo ambos muy limpias hojas de servicios.*



## Dos almas gemelas.

Es un grato y hermoso recuerdo de mi vida. Celebrábase el aniversario del inmortal grito de Dolores en el teatro Nacional de México.

Era Presidente de la República el licenciado D. Benito Juárez, salvador de nuestra segunda independencia, y ocupaba, acompañado de sus Ministros, el dosel levantado en el fondo del escenario.

Habían hablado ya varios oradores, y faltaba poco para que sonaran las once de la noche, la hora en que Juárez debía victorear á los héroes de 1810.

Después de haber escuchado una pieza de música, surgió en la tribuna un joven de frente espaciosa, de cabellera profusa, rizada y negra, de ojos de mirada penetrante, de complexión fuerte, con un busto que no en vano había comparado Bablot con el de Milón de Crotona.

Era Justo Sierra. El público lo saludó con aplausos estrepitosos, y después, con ese reli-

gioso silencio que impone el talento á las multitudes, escuchó sus versos, que fueron magistrales.

Eran unas quintillas dignas de ser firmadas por el gran Quintana; una de ellas quedó grabada con buril de fuego en mi memoria, y dice así:

Es en vano, nefanda tiranía,  
que al noble anciano en tu furor inmoles,  
á la voz de su espectro, en sangre tinto,  
el sol de Hernán Cortés y Carlos Quinto  
se puso en los dominios españoles.

Entre el estrepitoso rumor de los aplausos y de la diana con que el pueblo pidió que se premiara por la orquesta aquella poesía maravillosa, vimos saltar al escenario á otro joven á quien nadie conocía hasta entonces.

Era de la estatura, de la complexión y del aspecto del poeta que acababa de recibir una ovación sin semejanza; se adelantó hacia él, lo estrechó entre sus brazos, y en seguida se explicó por alguien, no se si por él mismo ó por Sierra, que era un patriota cubano que acababa de llegar á México viendo vencidos á los defensores de su causa; venía perseguido, sentenciado á muerte, proscrito, y se llenó de entusiasmo al ver cómo celebrábamos nuestra independencia; pensó en su patria, se inspiró, porque era poeta, con las palabras de